



LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

ROQUE DE LARA
Las campanillas de Paquita.

ENRIQUE MALBOYSSON
El casto invulnerable.

EDUARDO ANDICOBERRY
¡¡Come here, mis!!

FERNANDO AMADO
El héroe legendario.

FELIX RECIO
El escándalo de Santander.

LUIS DE OSSA
Una interviv con Raquel.

NOIR
Cositas que pasan...

TOVAR
y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Berta Echarri

BERTA ECHARRI

Gentil señorita bilbaina, que debutará al
abrirse Eslava como artista de varietés.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

CHICA fué la que se armó el otro día en Colonial Si el corresponsal de un diario rotativo, donde he leído el telegrama, no falta descaradamente al octavo Mandamiento, el hecho no deja de ser digno de comentario adecuado en estas inocentes páginas de LA HOJA DE PARRA, órgano del candor en sus diversas manifestaciones.

«Celebrábase la inauguración de un establecimiento hidroterápico, cuyo principal atractivo consistía en piscinas de baños comunes á ambos sexos.

Los dueños habían publicado anuncios diciendo que no vacilaban en implantar la innovación, porque tenían gran confianza en la virtud alemana.

Antes de que fueran abiertas las puer-

tas, se estacionaron ante ellas centenares de hombres vestidos en traje de baño.

Apenas abrieron, todos ellos invadieron los departamentos de señoras solas.

Luego se presentaron numerosas parejas de maridos y esposas, novios y novias, etcétera, que pretendían bañarse juntos.

Los frescos ciudadanos que habían penetrado primero se lanzaron á las piscinas mixtas.

Y bien pronto éstas fueron teatro de un verdadero combate casi naval

Los esposos y los novios se opusieron á la irrupción.

Los otros pretendieron hacer valer su derecho.

Y cada cual reforzó sus razones con puntapiés, mordiscos y otros argumentos no menos convincentes.

El escándalo fué de los que formen época.

Todos luchaban dentro del agua y, como quienes caían corrian grave peligro de ahogarse, las damas que también, naturalmente, estaban en paños menores, empezaron á pedir socorro.

Entró la policía y fué desobedecida.

Los bravos agentes tuvieron que penetrar en el agua sable en mano.

Y lograron expulsar á los combatientes, que salieron de las piscinas y luego del establecimiento sin haberse secado, y que huyeron al través de la ciudad, causando, con su semidesnudez, numerosos desmayos de señoras y señoritas pudibundas.

Las autoridades, en vista del mal resultado del ensayo y de lo poco fun-



El viejo.—Bueno, y vosotras ¿qué?

Una.—Pues nosotras... jugamos... ¿sabe usted?

El viejo.—¡Guarda, que estas niñas se dedican á los prohibidos!

dado de la confianza de los dueños del balneario en la sólida virtud alemana, han prohibido los baños mixtos».

Tal dice, testualmente copiado, el aménisimo telegrama que parece redactado por nuestro activo corresponsal en la perfumada capital alemana.

Y lo he reproducido íntegramente para que vean ustedes que los sesudos y flemáticos alemanes, también se las traen en eso del magreo, con la agravante de que allí, que están más europeizados que nosotros debe ser más extensivo é intensivo ese cultivo (el del palpen) porque los trajes de baños del sexo bello se llevan con arreglo á los últimos adelantos, aconsejados por los higienistas, esto es, que son verdaderos trajes de baño, no como por acá, que por un mal entendido sentido de pudor, las mujeres se meten en el agua llevando más ropa que Echegaray en pleno mes de Enero. Y, naturalmente, quien toma el baño no son ellas, sino los trajes en que embuten sus cuerpecitos sandungueros.

Más prácticas, las alemanas, como las belgas y como las francesas, usan unos *mallots* finísimos, que sólo cubren aquellas partes, que verdaderamente deben cubrirse y que da una barbaridad de gusto cubrir, dicho sea de pasada. Fijense ustedes si no en los fotografiados que publican los periódicos gráficos, de escenas en las playas extranjeras. Le ponen á uno los dientes largos.

Truculentas señoritas y descacharrantes señoras, luciendo cada porción de Naturaleza en libertad que hace babear de emoción, están tranquila y sosegadamente en la playa entregándose á diversos *sport*, y la Moral no se achica, sino que, por el contrario, crece y se desarrolla que es una bendición.

Como que viendo esas instantáneas, entran unas ganas terribles de escorpar á Ostende ó á Trouville y abonarse é delantera de grada, por aquello de que tratándose de un espectáculo femenino una delantera no de grada nunca.

En cambio, en nuestras playas es una verdadera lástima, ver á las señoras en vueltas en sébanas como si tuviesen una pulmonía doble, haciendo presumir que cuando tanto se tapan por fuera es que van por dentro excesivamente destapadas, y luego resulta que las hay que se bañan con un uniforme de bomber con botas altas y casco.

Ustedes no lo creerán, pero yo, acabo de ver bañándose en una playa gallega, á

una bañista, que hasta llevaba guante largo, como si fuese á asistir á una recepción.

Bien es cierto que como contraste á estos ridículos lujos de fiña pudibundez, también he podido presumir que hay sitios donde la caseta de baño es una pelada roca y el traje, adquirido en el establecimiento en que se compró su primer toilet-

UNA CALAMIDAD



—Chico, siento encontrarte tan estropeado, pero qué le vamos á hacer... ¿Damos un paseito?

—No puedo andar mucho por el pie que me duele bastante.

—Entonces tomaremos cafetito aquí en...

—No puedo tomar nada por el ojo.

te, nuestra amantísima madre Eva. Y cuando se veían sorprendidas por la mirada indiscreta de un solitario y forastero paseante (ese paseante era yo), se llevaban ambas manos á la cara ó á lo sumo se adornaban con una ramita de alga. ¡Y claro, yo no sé si armaba una *alga-rabia*, pero que armaba, no tengan ustedes ni la menor duda.

¿No le parece al lector que entre aque-

A LA PUERTA DEL «CINE»

EL CABALLERO JOEL



Una.—Atiende, Trini. ¡El caballero Joel!
 La otra.—Pues vamos á entrar pa ver cómo lo hace el caballero.

llo del uniforme de bombero y esto de la ramita de alga debe de haber un equilibrado término medio?

Procuremos, pues, primeramente vencer á las mujeres españolas de que eso del baño con coraza, además de ser malo para los fines terapéuticos es soberanamente cursi y que ya solo aquí se tienen esos prejuicios.

Y después veamos el medio de conseguir que se vaya aclimatando eso de las piscinas comunes para ambas sexos.

¿Que han fracasado en Colonia? ¡Naturalmente! Pero ha sido por el agua. Ya saben ustedes que el agua de Colonia perfuma, pero irrita porque tiene muchos grados, y como es lógico los ciudadanos aquellos estaban que echaban bombas, y querían echar bombos, en justa recompensa

Pero me temo que no consigamos, con ni sin colonia, eso de la piscina común.

Porque es lo que dirán ellas:

¿Queréis piscinas? ¡Pues piscis!

Un pequeño REPORTER

SUCEDIDO...

Carmen se encuentra en su cuarto entregada á profundas meditaciones, cuando oye unos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?

—Abre.

—¿A estas horas? Ni pensarlo. Voy á acostarme y me estoy desnudando.

—Yo te ayudaré.

—¡Impertinente! Siga usted su camino y déjeme en paz.

—Te amo.

—Me alegro.

—Me muero por ti.

—Y á mí ¿qué me importa?

—Soy joven...

—Y tonto.

—Rico...

—Y bestia. Vaya, acabemos; ¿se va usted ó llamo?

—¡Silencio! Soy el novio de Clementina; de tu mejor amiga.

—¡Haberlo dicho antes! —dijo la joven abriendo la puerta.



—Nincha, tienes cara de pocos amigos.

—En tres días uno, conque, ¡figurate!

Las campanillas de Paquita

La simpática amiga de todos Paquita B., es una chiquilla adorable que ha transplantado á nuestro prosaico mundo occidental las comodidades de Sybaris.

Su casa es monísima: en todas partes hay tapices, flores de invernadero y figu-

ESTUDIOS FISONÓMICOS



La cara que pone una mujer cuando la sacan una muela de un tirón y la echan de menos dentro de la boca.

rillas artísticas que ofrecen al ánimo grato esparcimiento y solaz: los cristales superiores de las ventanas son de colores, coquetaría decorativa que esparce en el interior de la casa una claridad tornasolada que recuerda las vaporosas medias tintas del arco iris: en todas partes hay muebles confortables y suaves fluidades deliciosas... El saloncillo es una maravilla, el dormitorio un delirio de mujer coqueta...

Y, no obstante, en aquella casa tan abastecida de objetos costosos y casi inútiles, falta algo esencialísimo: las campanillas...

La gentil hetera no quiere campanillas, y el que desea llamar á la doncella tiene que hacerlo á palmadas ó á voces.

¿Por qué tal capricho?

Esta pregunta no hubiera tenido contestación posible si Filomena S., la tan conocida modelo de nuestros pintores, no lo hubiese contado.

Una noche Frasquita B., acosada por las preguntas de su amiga, hubo de confesar la verdad.

—Es un humorismo extraordinario—decía la joven—, pero siempre, al quedarme á solas con un hombre, siento un miedo rayano en el terror. En vano pienso que aquella no es la primera vez que me veo comprometida en tales trotes, que aquel amante es uno de tantos, que aquella escena es la fotografía de otras escenas que me son familiares... Pero, hija, mis nervios sublevados pueden más que mi razón, un calofrío de cuartana extremece mi cuerpo y empiezo á temblar como una virgen...

Filomena se encogía de hombros sin comprender aquellos histerismos de su amiga. Poco á poco Frasquita fué explayando sus pensamientos y hasta intentó explicar lo que hasta entonces tuvo por inexplicable y absurdo.

—Atribuyo esta chifladura mía —dijo— á la impresión brutal que experimenté la primera noche que... ya sabes... Yo tenía entonces catorce años ó poco más; Enrique me había besado algunas veces, pero

ESTUDIOS FISONÓMICOS



Cuando se ponen calzado nuevo ó algo que entre muy justo.

nunca se propasó á exigirme ningún favor y yo tenía confianza absoluta en él. De esto ya te he hablado en otras ocasiones: cierta noche me llevó á una casa y me presentó á una vieja á quien yo saludé creyendo que era su madre: luego entramos en un gabinete y aquella mujer se marchó y entonces Enrique me abrazó fuertemen-

ESTUDIOS FISONÓMICOS



Cuando se rascan.

te exclamando: — «Ni esta es mi casa, ni la alcahueta que acaba de salir es mi madre; te he traído aquí engañada porque te quiero mucho...»

Yo quise gritar, pero Enrique me sofocaba con sus besos, me estrujaba contra su pecho...

—¿Y bien? —preguntó Filo.

—Que todavía no he podido curarme de aquella emoción, y en cuanto me veo á solas con un hombre, me acuerdo de Enrique. La lujuria se manifiesta en todos de igual manera, y cuando el deseo explota les veo acercarse lo mismo que el otro... Con los brazos extendidos, la boca entreabierta, el semblante desfigurado por una pasión que es simultáneamente cariñosa y terrible, los ojos inyectados en sangre, fascinadores, brillantes... Entonces, dominada por un pavor ridículo, echo á correr, pidiendo socorro... Algunos son tan sandios que me dejan, atemorizados por mis aspavientos; otros, en cambio, se excitan más, creyendo que mis gritos son un refinamiento de coquetería...

Yo, sin embargo, estoy muy lejos de

fingir, y siempre que he conseguido coger el cordón de la campanilla, he llamado desesperadamente á mi doncella. Este capricho de mis nervios me aburre, porque, ¡si supieses cuántos buenos negocios me ha echado á perder!...

—¿Y para qué llamas, tonta?...

—No pueda evitarlo... es un movimiento instintivo que tiene más fuerza que mi voluntad... y por eso, para no armar más escándalos ni atentar contra mis intereses... he quitado el badajo á todas las campanillas de mi casa.

Roque de LARA

ESTUDIOS FISONÓMICOS



Demetrio

Cuando se vuelven locas y llaman á sus mamá.

Leed en EL LIBRO POPULAR

LA PAZ DEL ALMA

novela completa por

ANTONIO DE HOYOS

20 céntimos

El casto invulnerable

Quince deliciosos años contaba yo en aquel entonces. Como es muy natural en tal edad, todo lo veía de color de rosa; las mujeres poseían un no sé qué de misterioso encanto que me hacía adorarlas con una pasión ciega, sensual, avasalladora: una pasión de quince años bien empleados.

El camino de la vida se extendía ante mi imaginación como un inmenso jardín cuajado de flores y de hembras venusinas; pero la flor que más codiciaba á todas las otras que mis ensueños de adolescente crearan, era Margarita, aquella muchachuela rubia y esbelta, sobrina del director del colegio en que yo estudiaba la segunda enseñanza.

A pesar de que Camposamor dijo aquello de que

*¡Ay del que va en el mundo
[á alguna parte
y se encuentra una rubia en el
camino!*

á mí me resultaba de perlas la rubia, y eso que la encontré varias veces en el camino de mi dormitorio á la sala de estudios.

Como decía, yo estudiaba y era interno en el colegio dirigido y regentado por el Padre Z., clérigo austero como un sarmiento, «casto invulnerable» —eran sus palabras— y enemigo declarado, hostil, fiero de las mujeres.

Daba pena oír sus contundentes explicaciones en clase, combatiendo el pecado sexual, el amor hacia esos seres endiablados que visten faldas ceñidas para excitar la lujuria con sus criminales redondeces; que calzan vistosos zapatitos escotados para que la inocencia se vuelva bizca al contemplar las medias caladas, redes sutiles para pescar á los inocentes pececillos...

Eso de inocentes pececillos lo decía con segunda, dada nuestra doble condición de *nadadores*: por lo peces que estábamos en todas las asignaturas y por lo mucho que nos *escamábamos* al contemplar el mimo exagerado con que él trataba á su sobrina.

Por lo tanto, claro que maldito el caso que hacíamos de lo que el tío de su sobrina nos dijera respecto de la moral; cada vez que veíamos una falda—excepto como es consiguiente la del Padre Z., y demás compañeros de profesión—, se nos ponía la carne de gallina. ¿Y qué cara no pondríamos cuando se cruzaba ante nosotros la gentil Margarita, que era bella, rubiosamente bella, y por añadidura muy locuela?

Pero como teníamos tanto miedo al Padre, anduvimos siempre con pies de plo-



Ella (soñando en voz alta).—Deja la pipa, deja la pipa.

El. —¡Pero mujer, si no fumo!

mo, hasta que un día, sintiéndome nuevo Tenorio, pretendí cortejar de *ocultis* á la chica.

Ella correspondió á mis ardientes miradas con sabrosas sonrisas. No pude resistir más el fuego que venía tiempo ha consumiéndome, y aprovechando la ausencia del director, deslicé una cartita, declaratoria en manos de Margarita. En aquella cartita pedía yo á la niña de mis ensueños, nada menos que una entrevista nocturna, burlando la vigilancia del tío.

No pude hablar con Margarita, la llegada del tío hizome abandonar el campo de operaciones. ¡El maldito y aborrecible viejo frustraba siempre todos los planes! Menos mal que ella tenía la carta. Esperé.

Había en el colegio la costumbre establecida modestamente por el director de



Ella.—Para ser la primera vez, no está mal, pero á muchos así te dejas el bigote en el campo de operaciones.

sacarnos cinco pesetas á cada alumno para hacerle un regalo cuando llegaba su fiesta onomástica.

Aquel año nos aseguró él, previo discurso de gracias por nuestro obsequio, que las doscientas pesetitas recogidas las había destinado á adquirir un aparato de Física. Y dicho y hecho: cogió un paquete postal recibido de Madrid y sacó el aparato. Nadie supo de lo que se trataba; era aquél un bicho raro del que Ganot no decía una palabra. ¿Para qué serviría aquello?...

Nos dió una explicación espetando cuatro vaciedades que no entendimos y guardó el armatoste.

Yo estaba impaciente, pensando más que en el misterioso artículo, en la entrevista con Margarita.

¿Saldría?... Con un poco de perspicacia y buena voluntad, podía verse conmigo aquella noche. No tenía más que saltar por la ventana de su habitación al terradillo. Allí la esperaba yo.

Llegó la noche. Me levanté cuando to-

dos mis compañeros dormían á pierna suelta ajenos á mi maquinación. Como un gato salté la galería y desde allí al terradillo; el corazón me latía con violencia como si yo fuera á cometer un crimen. ¡Cómo castigaría mi audacia el viejo y célico director si se enteraba!

No estaba ella en el terradillo. Miré por las rendijas de la ventana de su cuarto y pude observar con inmensa estupefacción al «casto invulnerable» que tenía cogida amorosamente á Margarita. Esta se resistía y miraba sin cesar á la ventana, sospechando que yo estaba allí.

Fijeme más y observé que el viejo llevaba puesto, á guisa de cinturón, el aparato que nosotros le compramos...

Al día siguiente me fugué del colegio. Después supe que el instrumento de Física era sencillamente un cinturón eléctrico y que el director no era tío de Margarita; mejor dicho, sí: era un tío... un tío sinvergüenza.

Desde entonces me río de los castos más ó menos invulnerables y de los tíos de sus sobrinas.

Enrique MALBOYSSON



—¿Qué bicho es ese?

—Un pulpo.

—¿Pero será un pulpo de mar?

☛ **¡¡Come here, mis!!** Y el aya, sofocada y nerviosa por la desobediencia de Consuelito, en vano se esforzaba con lo imperativo del gesto y la acritud de su voz en imponerse á la discípula, que seguía riendo, burlona y agresiva, sin dejarse atrapar, mientras disparaba contra la irridadísima institutriz el agri-dulce fruto de los zarzales, que al hacer blanco en las albas vestiduras las teñía de grandes lunares morados.

Consuelito era la muchacha más regocijada y aviesa que pudo engendrar madre alguna. Sus dieciséis abriles floridos eran otros tantos cascabeles bullangueros, sin cuya loca algaraza parecía no poder vivir. Esto realizaba el encanto de su cuerpecillo andrógino y su rostro de efebo, donde todas las malicias inocentes florecían en una sonrisa de eterna burla.

Pero si aquella frivolidad y aquella imparecedera alegría, eran el conjuro para captarse las simpatías y el afecto de los extraños, no así para sus padres, los muy nobles marqueses de Tapadillo, que quisieran verla más adusta y circunspecta, como, según ellos, correspondía á una distinguida aristócrata, á quien destinaban como marido el poseedor de uno de los más rancios títulos de Castilla.

Pero en balde hacían reconvenções á Consuelito. Aquella chiquilla dijérase un injerto en rapaz desvergonzado, tanto por la sexualidad de sus curvas, que ella no cuidaba de realzar, como por las travesuras que imaginara. Ajena á toda coquetería, despojebase á lo mejor de la blusa, á pretexto de que tenía calor, sin preocuparse de que hubiera gente extraña junto á ella. Era de una inconsciencia deliciosa, que solía poner en grave apuro á sus padres, feligreses convencidos del culto á todos los prejuicios. Lo que más inquietaba á la marquesa era el desdén que Consuelito tenía para la cuestión religiosa. Y tento llegó á insultarla lo que llamaba herejía de su hija, que los esposos hubieron de decidir, por común acuerdo, reclamar el auxilio espiritual de una monja, amiga, para que encauzara aquella oveja descarriada hacia la fe.

Cuando la mis, convencida de que eran infructuosos sus mandatos, fué ante los marqueses en queja del desaguisado que la muchacha hiciera en sus vestidos, acababa de llegar Sor Estefanía, á quien el matrimonio hacía historia de las ligerezas de la muchacha.

—¡Oh, no creo sea tan rebelde! —decía la monja con equívoco sonreír—. Ya verán cómo se corrige. Nada mejor que la dulzura...

Desde aquel momento, la institutriz delegó sus funciones preceptoras en Sor Estefanía, que para sondear el ánimo de Consuelito encerróse con ella en su dormitorio...

Fama tenía la Sor de hembra talentuda,

SIN DARSE POR VENCIDA



Blla.—Ahí va mi mano. Has luchado bien y me has vencido ahora, pero falta la *poule* de consolación.

Bl.—¡Todas las poules que tú quieras!

y á su elocuencia debíase el que en su convento hubieran ingresado gran número de jóvenes casaderas á quienes rondaban inmejorables «partidos». Decíase que la bastaban un par de horas para llevar al místico redil á las que más aversión tuvieran al monjío. Gracia era esa que el clero reputaba de divina, y por la cual no sería extraño la canonizasen á su muerte. Consignado esto, á nadie parecerá extraño

que los marqueses, olvidados de la discreción, fueran de puntillas hasta la puerta para escuchar los mágicos argumentos de la santa...

Las voces eran quedas, entrecortadas por la emoción, con largos suspiros..., pero nada podía oirse.

—¿Oyes tú? —decía la marquesa—. ¡Tiene un pico de orol

—¡Parece que la conmuevel Ese suspiro

JUSTA INDIGNACION



—Tiene razón Dicenta al indignarse contra esta gente que ni oye la música, ni la deja oír. Le preguntas á esas señoritas cuántas piezas han tocado, y ya no se acuerdan.

tan profundo es de Consuelito...— asentía el marqués

—¿Has oído?

—Ahora sí. La ha dicho las palabras de Jesús: «Toma mi sangre».

Siguieron escuchando, pero no consiguieron oír nada más. Sólo susurros, alenares fatigosos..., como «rumor de besos y batir de alas.»

La marquesa, enternecida por el milagro, decía á su esposo:

—Sin duda la consuela porque la niña se ha impresionado mucho...

■

Cuando Sor Estefanía y Consuelito salieron, el matrimonio preguntó anhelante:

—¿Qué, qué hay?

—Que Consuelito está decidida á ingresar en el noviciado. La he convencido de los goces que la aguardan entre nosotras.

—¿Tú qué dices, hija? —interrogó el padre, perplejo por aquel cambio tan radical.

Y Consuelito, encendida en rubor, respondió humildemente:

—Que esta misma tarde me marchó,

En tanto, la marquesa, atónita por el prodigio efectuado, comentaba para sí:

—¡Es una santa Sor Estefanía!

Eduardo ANDICOBERRY

PRIMER ACTO DE UN DRAMA INÉDITO

ESCENA PRIMERA

LEÓN (*solo*).—¡Si vendrá Amelia! ¡Suenan pasos en la escalera!... Debe de ser ella... ¡Ah! ¡Ah! está!...

ESCENA SEGUNDA

Amelia, León.

LEÓN.—¡Te adoro!

AMELIA.—¡Te idolatro!

(*Se oyen pasos en la escalera*).

ESCENA TERCERA

Amelia, León, el General.

(*El General entra con un revólver en la mano*).

EL GENERAL.—¡Miserables! ¡Me engañáis!...

(*Apunta y dispara una y otra vez. León y Amelia caen exánimes*).

EL GENERAL (*acercándose á los dos cadáveres*).—¡¡Maldición!... ¿Qué es lo que he hecho? ¡No son ellos!... ¡Ah!... ¡¡Me he equivocado de piso!... (*Vase*).

El héroe legendario

El hijo primogénito de un boticario de Marsella, ha tenido la desgracia de enamorarse de una moza que vive con sus padres en el cortijo situado en los alrededores de la ciudad.

El amador es Jaime Boudier de oficio herrero; un pobre diablo que no gana actualmente más de ciento veinticinco francos mensuales; ella se llama Josefina, es una guapísima y «rica hembra», que tiene casas, coches, parientes que ocupan en París una posición respetable, y á quien sus padres, como es natural, pretenden casar con algún mayorazgo de viso.

Boudier y Josefina hablaron muchas veces. El es un muchacho práctico, en quien la voz de la codicia habla más alto que la voz del amor; ella es una niña romántica, á quien la perversa lectura de novelas por entregas ha vuelto el juicio, y que no puede consolarse de haber nacido en el siglo del vapor y de la luz eléctrica. A Josefina, según se desprende de lo ocurrido, la vuelven loca los lances de capa y espada, las aventuras inverosímiles y, sobre todo, los hombres valientes y llamados atrás.

Esta última chifladura fué la que se propuso para explotar el ladino Jaime Boudier para llegar antes y más seguramente el corazón de Josefina.

Iba á celebrarse una cacería en la cual tomaban parte más de cuarenta personas, entre hombres y mujeres, y Boudier quiso aprovechar aquella oportunidad para realizar su propósito.

Buscó á varios monteros de su confianza; altos, membrudos, de atezados rostros, que parecían bandidos calabreses, y les hizo la siguiente originalísima proposición:

—Necesito que esta tarde á las cinco y media, estéis en la cañada de...

—¿Para qué?

—Para que asaltéis el coche en que irán de paseo Mlle. Josefina y su madre.

Su plan era sencillísimo: él estaba encargado de guiar al coche.

—Cuando pasemos por el sitio que ya os he indicado, tú, Pedro, que oficiarás de jefe, me das el «¡alto!» echándote un fusil á la cara.

—¿Y mis compañeros?

—Entonces yo echaré pie á tierra y os acometeré valerosamente, garrote en mano, poniéndoos en vergonzosa fuga. Lo importante es que yo quede á los ojos de

mademoiselle Josefina como un héroe legendario de aquellos que se comían á los bandido crudos

En esta inteligencia se separaron. «¿Qué sucedió después?...»

Que hallándose los monteros emboscados en el lugar convenido, y poco antes de las cinco y media de la tarde, acertó á pasar por allí un coche que no era el de mademoiselle Josefina. Pedro y los suyos juzgaron llegado el momento de obrar, y dieron el temeroso «¡quién vive!...» y el vehículo se detuvo. Los caballos empezaron á encabritarse; el cochero, creyendo haberse las con bandidos auténticos, saltó del

LA SALVAJADA DE AMOREVIETA



La que lee.—«Uno de los cuatro detenidos por el brutal atropello de la joven sirvienta de Amorevieta, ha declarado que abusaron de ella por turno que establecieron y previo sorteo. La víctima sigue sufriendo síncope».

La que escucha.—«¡Chica, las hay que en seguida se ponen tontas!»

pescante y echó á correr por el bosque como liebre escuida de perros; las dos mujeres que ocupaban el interior del coche se habían desmayado con el susto... En aquel momento apareció Boudier, gritando despavorido:

—¡Os habéis equivocado! ¡No es ese, no es ese!...

De todo eso ha resultado un escándalo muy gordo, del cual se ha ocupado toda la prensa marsellesa; Mlle. Josefina dicen que ha empezado á desconfiar de los hombres valientes, y Jaime Boudier se ha quedado sin novia y en ridículo.

Fernando AMADO

El escándalo de Santander

Ya tiene un sabroso lema de murmuraciones y comadreos la viciosa colonia de Santander.

Se habla de un esposo inocente, pero á quien las apariencias condenan.

De una mujer celosa y de una criadita,



—¡Es la primera vez que me tiro yo misma!

cuya verdadera situación en este picante enredijo matrimonial, no está aún determinada puntualmente.

∴

Apelando á nuestra triquiñuela de los nombres supuestos, diremos que dos acomodados comerciantes madrileños de la calle Mayor llegaron á Santander acompañados de Cecilia, una doncellita en quien tenían gran confianza, y todos juntos se instalaron en un hotelito inmediato al Sardinero.

(Esto ocurrió, según nos escribe cierto amigo, enterado perfectamente de la cuestión, á fines del pasado mes de Junio.)

Días atrás regresó don Alfonso de la calle momentos antes de la hora de comer. Dionisia, su mujer, estaba en el comedor esperándole.

Cecilia iba y venía á la cocina, fregando platos, echando á los guisos los últimos aliños y aderezando la mesa. El esposo se dejó caer sobre una silla sofocadísimo.

—¡Uf, qué calor!

—¡No se puede respirar!

—Cuando venía hacia aquí me dijeron que un marinero había pescado un puñado de sardinas fritas...

De pronto don Alfonso, que había empezado á registrarse los bolsillos con aire preocupado, lanzó un grito.

—¿Qué te sucede? —preguntó Dionisia.

—¡Que he perdido el portamonedas!

—¿El portamonedas?

—¡Sí! Probablemente en la playa... ó por la calle, cuando venía hacia aquí... ó subiendo la escalera... no sé...

—¿Cuándo lo echaste de menos?

—No recuerdo.

Y el pobre hombre, con los ojos muy

RESULTADO DE UNA DERROTA



La amiga.—¿Pero qué es esto, chica?

La paciente.—Cosas de ese. Una cintura por delante en torbellino, rematando en doble presa de brazos y aplastamiento del puente y de todo lo que cogió por delante.

abiertos, y la mirada imbécil, continuaba registrándose.

En aquel momento entró Cecilia en el comedor, y los esposos instintivamente se callaron. Cuando la muchacha volvió a salir doña Dionisia preguntó bajando la voz:

—Dime, ¿y si fuese ésta la autora?...—
Y completó su acusación con un guiño truhanesco muy expresivo.

—Don Alfonso parecía admirarse de cabeza á pies.

—¡Imposible, mujer!
—dijo—. No seas mal pensada.

—¡Sí, sí —interrumpió ella colérica—, fíate de las almas de Dios! No sé qué interés puede tener en salir siempre á la defensa de esa belitre.

Conviene advertir, que doña Dionisia, que es muy celosa, odiaba secretamente á la sirvienta, y este antagonismo se recrudecía y exaltaba cada vez que don Alfonso, mollar de condición y amigo de lo justo, metía un capote en favor de la muchacha.

Don Alfonso miró á su mujer con ojos suplicantes: pero ella, irritada por la hipócrita impavidez de Cecilia y la protección que su esposo ladinamente le ofrecía (protección en la cual doña Dionisia adivinaba un resquicio de amoroso sentimiento), perdió toda prudencia, y poniéndose en jarras delante de la muchacha, gritó:

—¿Qué, no dices nada? ¿No se te ocurre nada? ¿no te has enterado aún de lo que estamos hablando?

—No, señorita —repuso Cecilia.

Y hablando así miraba á su ama con sus grandes ojos ingenuos, abiertos de par en par, como ofreciendo en ellos su honrada que no mentía.

—¡Con que... no sabes nada! —repuso doña Dionisia—. Pues, sí, al señor se le ha perdido su portamonedas.

—¡Ah!

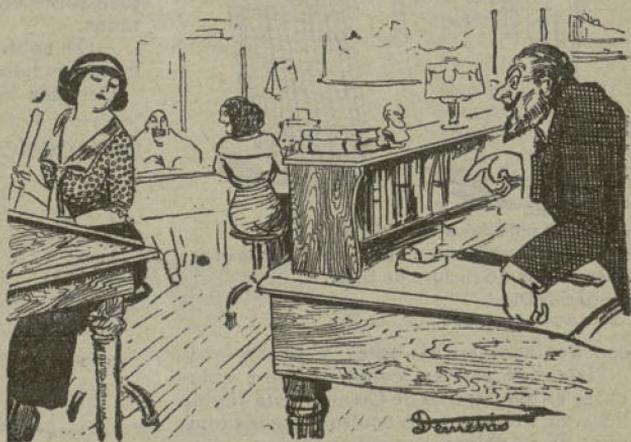
—¡Y es preciso que aparezca!

—Bien, señorita, lo buscaré.

—No basta que lo busques, es preciso que lo encuentres. De lo contrario tendrás que habértelas con el juez.

Cecilia se había puesto muy pálida; repentinamente comprendió la fea acusación de que era objeto, y herida en su honra, en su amor propio y en todo cuanto había en ella de más sensible y excelente, rompió á llorar. Desde aquel instante la pobre muchacha fué como víctima maniatada que ya no se defiende.

—¡Vuélcate los bolsillos! —gritó doña Dionisia.



B' jefe.—¡Suplico á usted, señorita, que no haga á pulso el rayado de las nóminas; para eso tiene usted la regla!

Y Cecilia obedeció.

—Dame las llaves de tu baúl.

Y Cecilia entregó las llaves.

—¡Ahora verás —exclamó doña Dionisia con aire triunfador dirigiéndose á su marido—, cómo aparece tu portamonedas! Y salió del comedor furiosa como un torbellino, decidida á registrar toda la casa.

Cecilia permaneció en pie, junto á la mesa, restañándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Nunca, nunca! —repetía—. ¡Soy inocente, soy inocente!

Don Alfonso, compadecido de tanto dolor y humillación tanta y reconociéndose autor principal de aquel enojoso fregado, quiso consolar á la afligida moza.

—Note apures—dijo—todo se arreglará.

—¡Soy inocente, soy inocente!

—Sí, lo supongo; pero, ¿qué quieres? In-temperancias de mi mujer. Como tiene



—¿Y su niña de usted, señá Filo?
—Pues de veraneo en un sitio que le llaman San Juan de Luz ó San Juan de Dios.
—¡Anda Dios!

ese geniazo tan violento, y tú... y yo...

Hablando así, se levantó y fué á colocarse en pie, detrás de Cecilia. Esta seguía llorando con el rostro oculto entre los pliegues de su delantal, y sobre su nuca tersa y mate de virgen plebeya, los ricillos locos travesaban.

—¡Hí! ¡hí! —repetía la niña, inconsolable—. ¡Soy inocente!

Don Alfonso, no sabiendo cómo aplacar aquella noble desesperación, estrechó á la joven contra su bondadoso pechazo.

—¡Cálmate, cálmate! —decía—. Parece imposible que la pérdida de un portamonedas nueva toda esta zarahunda. Un portamonedas que... ¡quién sebel... acaso no esté perdido... porque, quién impide que yo, distraídamente...

Guiado por su bondad, había comenzado por registrarse escrupulosamente, despacito, volviendo sus bolsillos uno á uno. De pronto sus dedos dieron con lo que buscaban. ¡Con el portamonedas!...

—¡Oh! —exclamó—. ¿Ves? aquí está. Bien decía yo que tú eras una muchacha incapaz...

Cecilia seguía llorando.

—¡Vaya! ¿Quieres callar de una vez? Aquí está el portamonedas, tonta, aquí está, míralo—. Y la abrazaba por la cintura, zarandeándola, desesperado de no poder volverla en su acuerdo.

—¡Pobre, pobrecita! —repetía.

Realmente, en aquella actitud, de pie, y abrazados, más tenían trazas de amantes rendidos, que de amo y criada... En aquel momento reapareció en el comedor doña Dionisia, que volvía furiosa de haber registrado inútilmente toda la casa. Al oírla, su marido se volvió prestamente.

—Te has tomado un trabajo inútil —dijo—; el portamonedas estaba aquí.

Pero doña Dionisia ya se la había tragado, y sin darle tiempo á continuar, arrojóse sobre él, y le dió dos sonoras bofetadas.

—¡Ya sabía yo —gritaba— que el portamonedas había de aparecer!

Después la emprendió con la sirvienta,

UNA CONOCEDORA DE LAS COSAS



—¡Lo que tienes que crocer!

regalándola una buena mano de arañazos y de insultos.

El eco de este escándalo se ha difundido por Santander tan rápidamente, que acaso el inocente y aporreado don Alfonso no tarde ni ocho días en volverse á Madrid.

Félix RECIO

Santander, 11 Agosto 1913.

Una entrevista con Raquel

La casualidad, ese ha-
da que llevamos todos al
lado, sin verla, que es un alma sin cuerpo,
un espíritu dominador é impalpable, ha
tenido siempre para mí—decíame Raquel,
la divina Raquel, la mujercita de gala de
París—, amables predilecciones. Yo, que
supongo que nací por casualidad, engendra-
da por un beso perfumado, voy por el
mundo, por el amor—esa dosis color de
rosa que hallamos los pobrecitos mortales

cuentro un hombre transigente como tú,
que consiente en amarme mientras yo, en
esos críticos momentos pienso en *el otro*,
en el mío, como me hago la ilusión de que
estoy disfrutando á él, me entrego á cie-
gas. Y ya ves; por carambola, tú, que eres
ahora el equivalente toca en pleno las con-
secuencias; ¡ya lo ves!

—¿De manera que al abrazarme, al
amarme, te supones que le amas á él?

—¡Oh, sí; á él... A él...

Quedó reclinada sobre mi hombro, mi-
rándome sin verme, porque al que veía en
realidad era á su
amado incorpóreo,
al querido que guar-
daba en el relicario
de su corazón, en el
marco de nubes de
su fantasía.

Yo respeté con
unción aquel ensue-
ño... y, en realidad,
no me mortificó
gran cosa *mi cola-*
borador inmaterial.

El poseía en aque-
llos instantes el es-
píritu, el cariño de
la pecadora; pero
la *forma* era mía; y
la dejé soñar con el
hombrenube, mien-
tras ella, haciendo-
se la ilusión de que
estaba amando en-
tonces al *otro*, se

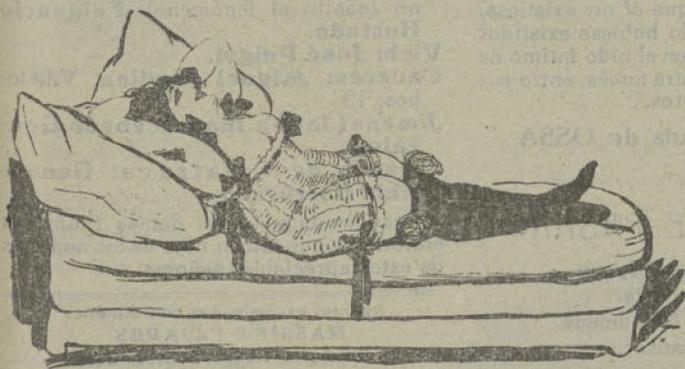
me entregaba plenamente á mí. Y su es-
pasmó de amor, en aquel instante, fué
grandioso.

No pude menos de hacerle una caricia—
riéndome de aquel maridaje de tres espí-
ritus—, en nombre de él.

El gabinete estaba á obscuras, porque
así quiso ella darle más visos de verosi-
militud al subterfugio. Y aunque con el pe-
sar de no ver entonces su busto, que era
de una belleza deslumbradora, me extasié
entre sus caricias, entre las cuales hubiera
estado toda mi vida. Fueron tres horas de
divino paraíso mahometano: recuerdo que
cuando iba quedándose dormido, maripo-
seaban vagamente sus besos deliciosos,
chiquititos, entre mis labios.

Y cuando me desperté, Raquel no esta-
ba: se había marchado en la sombra, para
no hallarse conmigo—su amante apócrifo—,
ante la luz del día.

De lo que se desprende que aquella go-



—¡La verdad es que á la hora de la siesta le entra á una cada vértigo!

en el árido camino de la vida, á ciegas
completamente.

Dicho se está que mi amor no es hondo;
no pasa, por ahora, de la superficie de mi
cuerpo: es placer relámpago, que sólo me
deja como recuerdo un beso más dulce
que otro guardadito aquí, entre las comi-
suras de los labios, que forman por cierto
un estuche que nunca se llena. Hasta el
día mi cuerpo no ha disfrutado el amor de
mi alma, porque mi alma pertenece á un
hombre, ensueño á un hombre que no exis-
tido sino dentro del germinador de mi fan-
tasía. ¡Si vieras... — continuó hablando
arrobada—, es más gallardo, más cariño-
sol...

Raquel quedó un momento extasiada,
con los párpados cerrados como para que
no se le escapase su visión intangible, y
así, de paso que dulcemente me enlazaba
los brazos al cuello, sonreía... Por eso me
dejo llevar de mis caprichos: cuando en-

zadora de la materia era una gran romántica. Ella no pecaba ni por interés material ni por vicio: su prostitución no era pecaminosa, no; cada vez que aceptaba el beso de un hombre, como al hacerlo la bella cerraba los ojos, se imaginaba que le besaba á él. Y era inmensamente dichosa, y asesinaba con su cariño intensísimo, pleno; asesinaba, no con puñales, al arma blanca, sino con besos, al arma rosa.

Por eso sigo con la firme convicción de que Raquel era mujer honrada como la más fiel de las esposas, como la más casta de las mujeres.

El estuche de sus besos y de sus brazos no lo abrió nunca nada más que para él.

¿Qué le importaba que él no existiese, que nunca en el mundo hubiese existido? Ella le tenía guardado en el nido íntimo de su mente; ¡siempre! Entre nubes, entre encajes, entre pensamientos...

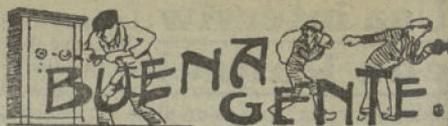
Luis de OSSA

COSITAS QUE PASAN...

A Nicodemus su esposa
le dijo al irse á acostar:

—Ni dormimos, Nicodemus,
ni me dejas descansar.

NOIR



Con gran sentimiento de nuestro corazón, pero porque ellos nos obligan, vamos á sacar á la luz pública á varios distinguidos caballeros, que nos deben algún buen dinerito, y que no nos le pagan.

Por hoy, son solo estos:

Campo de Criptana: Julio García Casarrubios.

Belmonte (de la provincia de Cuenca, no Juanito el fenómeno): Fulgencio Hurtado.

Vich: José Puigvi.

Cáceres: Miguel Medina, Villalobos, 13.

Jimena (Jaén): Juan Acebedo González.

Calzada de Calatrava: Genaro Ruiz Barrera.

Recomendamos á las demás Empresas editoriales que tomen nota de los nombres de estos apreciables señores.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Está á la venta por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 347.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =